

PLIEGO

Vida Nueva

3.436. 29

DE NOVIEMBRE-5 DE
DICIEMBRE DE 2025



Dios es como Jesús

La actualidad del Concilio de Nicea

ALBERTO DE MINGO KAMINOCHI

Teólogo. Profesor de la Universidad Pontificia
Comillas y de la Pontificia Academia Alfonsiana

Nada influye más en cómo nos sentimos y vivimos que la imagen que tengamos de Dios. Si pensamos que es un juez siempre atento a nuestros fallos, viviremos en el temor. Si creemos que es una especie de abuelo bonachón al que todo le parece bien, nuestra existencia carecerá de orientación. La fe cristiana nos transmite una imagen de Dios: creemos que es como Jesús, no solo porque Jesús nos habló elocuentemente acerca de Dios y su Reino, sino porque él mismo es “Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre”. Estas palabras fueron añadidas por el Concilio de Nicea al Credo de los apóstoles hace ahora 1.700 años. Nos hablan de Jesús, pero también de quién es Dios.

NICEA Y LA FÍSICA CUÁNTICA: DOS ANIVERSARIOS

Celebramos este año dos centenarios que, en principio, parecen no tener nada que ver. El año 2025 ha sido declarado por la Unesco Año Internacional de la Ciencia y la Tecnología Cuántica (quantum2025.org) al cumplirse el primer centenario de la formulación de la teoría cuántica. A comienzos del siglo XX, experimentos realizados con átomos y las partículas que los constituyen empezaron a dar resultados que desafiaban el sentido común. Un electrón, por ejemplo, podía comportarse como si estuviera en varios lugares a la vez, pero cuando se hacía una medición para determinar su posición, siempre aparecía como una única partícula. Después de dos décadas de esfuerzo intelectual, en 1925, se encontró un lenguaje (es decir, unas matemáticas, pues las matemáticas son el lenguaje de la física) que podía describir cómo se comportaba la naturaleza a escalas tan diminutas.

El otro centenario es el motivo de estas páginas. Este año celebramos el 1.700 aniversario del primero de los concilios ecuménicos, celebrado en Nicea en el año 325. El físico y teólogo **John Polkinghorne** (1930-2021), en su libro *Teología y Física cuántica*, ha trazado los paralelismos que existen entre las

investigaciones que culminaron en la formulación de la teoría cuántica y la reflexión teológica que encontró su expresión en Nicea y en los siguientes concilios ecuménicos.

En el mundo de la posverdad que habitamos, las ciencias naturales parecen ser las únicas que aún son comúnmente aceptadas como portadoras de verdades objetivas. En cambio, para muchos hoy, las creencias religiosas son, en el mejor de los casos, meras opiniones subjetivas, y en el peor, dañinas especulaciones sin base en la realidad. En su libro, Polkinghorne reivindica que tanto la ciencia como la teología cristiana son *formas de búsqueda de la verdad basadas en creencias motivadas*. Las teorías científicas formulan paradigmas conceptuales que interpretan los experimentos. Al igual que ellas, las doctrinas que expresan la fe cristiana están también sostenidas por la experiencia. Sus formulaciones no son elucubraciones en el vacío, interpretan las experiencias de los creyentes. Tanto en ciencia como en teología, el marco teórico interpreta lo experimentado y, al hacerlo, nos permite adentrarnos más en el misterio de lo real. Las teorías de la ciencia y las doctrinas teológicas coinciden en que ambas son búsquedas de la verdad basadas en creencias motivadas por la experiencia. Lo que las distingue es el tipo de experiencias que guían

sus investigaciones. Las ciencias naturales trabajan con objetos que están bajo el control de los humanos. Las experiencias en las que se basa la teología son encuentros con el inefable misterio de Dios, que nunca podremos controlar.

EXPERIENCIA, TRADICIÓN, ESCRITURA

Estoy convencido de que Karl Rahner tenía razón cuando escribió que el cristianismo del siglo XXI será místico o no será. Tenemos sed de Dios. No nos basta con afirmar unas verdades o cumplir con ciertas normas y ritos. Queremos tener experiencia, pero en esa búsqueda somos guiados por una comunidad milenaria –la Iglesia– portadora de una Tradición. Llamamos “Tradición” a ese conjunto de prácticas y creencias encarnadas en personas y comunidades concretas que se transmiten de generación en generación, pero que también evolucionan a través de la historia. Estas comunidades configuradas por la Tradición son el ecosistema en el que puede florecer el encuentro personal con el Dios de Jesús.

En el origen de la Tradición cristiana nos encontramos con un grupo de hombres y mujeres que siguieron a Jesús por los caminos de Galilea y le acompañaron en su último viaje a Jerusalén. Los evangelios narran episodios de la vida de Cristo, sus enseñanzas y milagros, pero también nos presentan a sus discípulos, y lo hacen sin ocultar el hecho de que aquellas personas no eran precisamente unas mentes privilegiadas. El evangelista Marcos es el más explícito con su torpeza: a lo largo de su narración, ningún discípulo acierta a formular la identidad de Jesús, a pesar de que él mismo les pregunta: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Mc 8, 29). El que más se acercó en aquella ocasión fue Pedro, que respondió: “Tú eres el Cristo”, una respuesta insuficiente. Finalmente, y solo una vez muerto Jesús, el centurión pagano que había supervisado su crucifixión se convierte en el único ser humano en este evangelio que afirma: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Mc 15, 39).

Todo esto cambió con la resurrección. Tres días después de

su muerte en la cruz, los que habían seguido a Jesús hasta Jerusalén experimentaron lo inaudito: verle vivo de nuevo, la tumba vacía. Los encuentros de los discípulos con el Resucitado son la experiencia que dio origen a esta fe que llamamos “cristianismo”. Los primeros cristianos hicieron suya la tarea de convertirse en testigos del Resucitado, no solo mediante palabras, sino a través de sus encuentros celebrativos y de sus propias vidas, transformadas por la fraternidad a la que les convocaba el Señor. Pero la Tradición a la que dieron origen no se limitaba solo a repetir lo que afirmaban aquellos primeros testigos. Desde muy pronto, empezaron a dar culto a Jesús. En sus reuniones semanales, le cantaban himnos que habían compuesto, lo adoraban con el gesto y la palabra. De esta manera, fueron profundizando en quién era aquel que, gracias a la misteriosa eficacia del Espíritu, se hacía presente en medio de la comunidad, especialmente en el pan partido y el vino compartido. Su culto, sin embargo, no se limitaba

a esos momentos especiales de encuentro. Pablo escribe:

“Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto racional. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos mediante la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto” (Rom 12, 1-2).

Todo lo que hacemos con el cuerpo –es decir, todo lo que hacemos concreta y cotidianamente– puede ser culto “santo y agradable a Dios”, si somos capaces de ser críticos, mediante la renovación de nuestra mente, con los modos de proceder a los que el mundo nos ha acostumbrado. De este modo, podremos discernir qué es “lo bueno, lo que agrada a Dios” y actuar en consecuencia. Una vida vivida así es, toda ella, culto a Dios. Este culto no solo nos conecta con los primeros testigos del Resucitado: renueva Su presencia en cada generación.

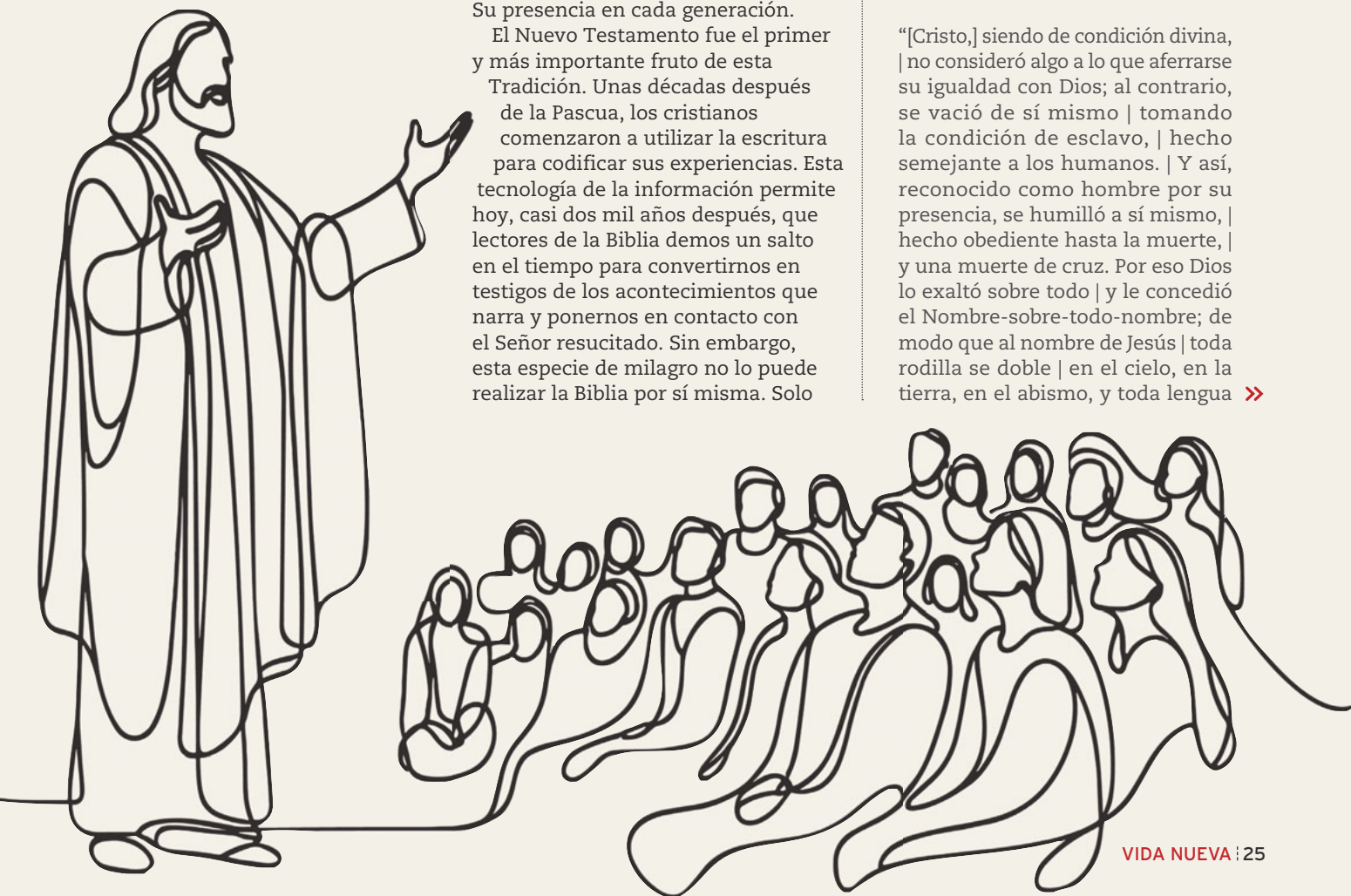
El Nuevo Testamento fue el primer y más importante fruto de esta Tradición. Unas décadas después de la Pascua, los cristianos comenzaron a utilizar la escritura para codificar sus experiencias. Esta tecnología de la información permite hoy, casi dos mil años después, que lectores de la Biblia demos un salto en el tiempo para convertirnos en testigos de los acontecimientos que narra y ponernos en contacto con el Señor resucitado. Sin embargo, esta especie de milagro no lo puede realizar la Biblia por sí misma. Solo

cuando la leemos inmersos en la misma corriente de creencias y prácticas (oración, sacramentos, obras de misericordia...), que llamamos Tradición, pueden las Sagradas Escrituras conducirnos al Señor. Solo así nos revelan el misterio que esconden.

EL NUEVO TESTAMENTO: ASOMBRO Y PARADOJA

Ya los textos más antiguos del Nuevo Testamento –las cartas de Pablo– establecen un paralelismo entre el Dios de Israel y Jesús. En la carta a los Gálatas, por ejemplo, el Apóstol saluda a sus destinatarios: “Gracia y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo” (Gál 1, 3). De este modo, como de pasada, Pablo pone al mismo nivel a Dios Padre y a Jesucristo. Frases semejantes se encuentran por doquier en el epistolario paulino, pero quizás ningún pasaje evidencia con más claridad esta conciencia de la igualdad entre el Jesús a quien dan culto y el Dios de Israel que este himno, en la carta a los Filipenses:

“[Cristo,] siendo de condición divina, | no consideró algo a lo que aferrarse su igualdad con Dios; al contrario, se vació de sí mismo | tomando la condición de esclavo, | hecho semejante a los humanos. | Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, | hecho obediente hasta la muerte, | y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo | y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús | toda rodilla se doble | en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua >>



» proclame: | Jesucristo es Señor, | para gloria de Dios Padre” (Flp 2, 6-11).

A diferencia de lo que afirman algunas religiones asiáticas y ciertas filosofías occidentales, como la de **Platón**, los cristianos no creemos que nuestras almas hayan existido antes de nuestra concepción: empezamos a existir al mismo tiempo que nuestros cuerpos. De Cristo, sin embargo, afirma este himno que existía antes de su concepción. A diferencia de nosotros, él era de condición divina, pero “se vació de sí mismo”, para asumir la condición humana. Al cantar este himno, aquellos primeros cristianos afirmaban que Jesús de Nazaret, el hombre que había caminado sobre la tierra apenas dos décadas antes, era la encarnación de alguien igual a Dios.

Cuando los humanos nos imaginamos a Dios, tendemos a verlo ahí arriba, poderoso e invulnerable, pero –según este himno– el que era “igual a Dios” se vació, se abajó, se hizo como nosotros, frágil y vulnerable, hasta la muerte... y muerte de cruz. Contemplar este descenso trastoca radicalmente nuestras ideas acerca de la divinidad, pero solo si aceptamos que el Crucificado era “de condición divina” antes de su encarnación. Si Jesús fue simplemente otro ser humano, ni se abajó, ni se encarnó, simplemente nació así, como cualquiera de nosotros. El asombro en el corazón de este himno nace de contemplar a uno que, siendo de condición divina, decidió descender. De este modo, Jesús nos reveló con su propia vida quién es Dios.

Si la persona de Jesús ocupaba antes de nacer un lugar de igualdad con Dios, ¿quiere decir esto que hay dos dioses? La respuesta cristiana ha sido siempre un rotundo “no”: solo hay un Dios. ¿Pero cómo se puede seguir afirmando que hay un único Dios, si se pone al Hijo de Dios a su mismo nivel? La contradicción es palmaria en el prólogo del evangelio de Juan: “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios” (Jn 1, 1). “Palabra” (en griego, *logos*) no es sino otro nombre para el Hijo de Dios. ¿Cómo puede la Palabra estar junto a Dios y ser Dios?

¿El que estaba “junto a Dios” no debe por fuerza ser otro distinto de Dios?

Polkinghorne afirma que la búsqueda intelectual que culminó en la formulación de la teoría cuántica, en 1925, fue impulsada por la perplejidad ante unos fenómenos que parecían desafiar el sentido común. Una partícula subatómica, por ejemplo, podía atravesar barreras infranqueables según las leyes de la física clásica, como si desapareciese a un lado de una pared y apareciera intacto al otro. Estos experimentos exigían un cambio en el modo de conceptualizar la naturaleza, requerían un nuevo lenguaje para describir lo que parecía imposible. Los físicos teóricos necesitaron 25 años para llegar a una formulación que utiliza expresiones matemáticas tan exóticas como los números imaginarios.

Lo que los primeros cristianos estaban experimentando al dar culto al Resucitado requería, igualmente, cambiar su modo de pensar acerca de Dios y exigía un nuevo lenguaje. Los pensadores cristianos –los llamados “Padres de la Iglesia”– necesitarán varios siglos para empezar a articular el nuevo andamiaje conceptual que pudiera expresar lo que experimentaban al contemplar a Jesús. El Nuevo Testamento aún no está ahí. Sus

autores estaban tan saturados por el asombro que les bastaba la paradoja, pero esta situación no resultará sostenible en los siglos venideros y dará lugar al desarrollo del discurso que llamamos “cristología”.

En el progreso de la cristología jugarán un papel fundamental las así llamadas “herejías”, doctrinas bienintencionadas que trataron de resolver el misterio de Jesucristo, pero que suscitaron controversia y finalmente fueron rechazadas, pues parecían traicionar algo esencial de lo que la Iglesia experimentaba al dar culto a Jesús. La historia de la cristología en estos primeros siglos es la historia de las propuestas dadas por los Padres a tales propuestas.

JESÚS, ¿HOMBRE O DIOS?

La primera carta de Juan –escrita probablemente a finales del siglo I– da testimonio de que, ya en aquella temprana época, había quienes negaban que Cristo había “venido en carne” (1 Jn 4, 1-3). La teología llama “docetismo” a la doctrina que afirma que Cristo *parecía* humano –el verbo griego *dokeō* significa “parecer”–, pero no lo era en realidad. Según los docetas, el Hijo de Dios no experimentó verdaderamente las limitaciones y miserias propias de los humanos: no padeció dolor ni angustia; su inteligencia no estaba velada por la ignorancia o la duda. Y lo más importante, no murió realmente: su espíritu abandonó en la cruz al cuerpo que le había servido de disfraz y regresó al mundo celeste del que había venido. Si

durante la vida de Jesús lo que costaba creer era su divinidad, con el docetismo el péndulo pasó al extremo opuesto de negar su humanidad.

El docetismo ganó fuerza en el siglo II de la mano de los gnósticos, grupos cristianos que presumían tener un conocimiento espiritual superior al de los cristianos corrientes. Algunos pensadores, con **san Ireneo de Lyon** a la cabeza, defendieron la verdadera humanidad de Cristo contra los gnósticos.



Gracias a sus esfuerzos, al cabo de un tiempo, el gnosticismo dejó de suponer una amenaza para la fe. Con la desaparición del gnosticismo, el docetismo declinó, pero nunca desapareció del todo. Aún hoy, muchos cristianos tienen una idea cuasi-doceta de Cristo: un Jesús que lo sabe todo, que lo controla todo y siempre está sonriente ante la dificultad. Huelga decir que tal imagen no cuadra con el retrato que transmiten los evangelios (véase, por ejemplo, la escena del Huerto de los Olivos).

En el extremo opuesto del docetismo, surgieron diversas maneras de negar la divinidad de Cristo. Una de ellas fue el adopcionismo. Según esta doctrina, Jesús fue un ser humano tan extraordinariamente abierto a la voluntad de Dios, que fue *adoptado* en un momento dado de su vida como Hijo por el Padre celestial. Según esta visión, Jesús es solo un ser humano, excelente, el mejor, pero no Dios. Ahora bien, si solo era un ser humano, ¿cómo pudo resucitar de la muerte? Un adopcionista replicaría: Dios hizo un milagro con él. ¿Pero un Dios así no resulta un tanto caprichoso? Los Padres de la Iglesia pensaron que si la vida, muerte y resurrección de Jesús debía tener la significación que el Nuevo Testamento y la experiencia cristiana le atribuían, entonces tenía que haber sido de Dios desde el principio.

ARRIO

El año 313 es una fecha crucial en la historia de la Iglesia y de Occidente. En ese año, el emperador **Constantino** publicó el Edicto de Milán, un decreto que hacía del cristianismo una religión legal. La que había sido una secta perseguida, significativa pero minoritaria, se convirtió de la noche a la mañana en la tendencia espiritual de moda. Una de las consecuencias de este cambio inesperado fue que las disputas entre los teólogos cristianos adquirieron una notoriedad antes impensable. Fue en este contexto, en una de las ciudades más cultas de la Antigüedad –Alejandría de Egipto– donde **Arrio**, sacerdote cristiano y afamado teólogo, empezó a difundir su doctrina.



Las teorías de Arrio son bastante más sutiles que la absoluta negación de la humanidad o la divinidad de Cristo, defendidas por el docetismo o el adopcionismo, respectivamente. Según Arrio, Cristo no fue un ser humano como nosotros, pues existía antes de su nacimiento como Hijo de Dios. Este ser divino y preexistente se encarnó en Jesús de Nazaret. Hasta aquí, nada que objetar. Lo que suscitó el rechazo de su doctrina fue su afirmación de que el Hijo de Dios había sido creado por el Padre. Arrio lo expresó con una frase que llegó a convertirse en eslogan: “Hubo un tiempo en que el Hijo no existía”. Según Arrio, el Hijo fue creado por el Padre antes de la creación del mundo y se encarnó en Jesús.

En el corazón de la disputa contra Arrio, hay una confrontación entre dos modos diferentes de entender la divinidad: según la mentalidad griega, hay múltiples dioses de distinto rango; según la Biblia, solo hay un Dios. Para Arrio, el Hijo es un ser creado por el Dios supremo, una especie de “dios” en el sentido griego, pero no “Dios” en sentido bíblico. De esta manera, Arrio creía preservar el monoteísmo que enseña la Sagrada Escritura y, al mismo tiempo, dar acomodo a ese ser excepcional que es el Hijo de Dios.

Supongamos por un momento que Arrio tuviese razón. Existe un único Dios, el Padre, que creó el cielo y la tierra. En previsión de la redención de la humanidad, crea un ser maravilloso dotado de todas las virtudes que admiramos en Jesucristo. Envía este ser al mundo para morir en la cruz y salvar a la humanidad. Finalmente, lo resucita de entre los

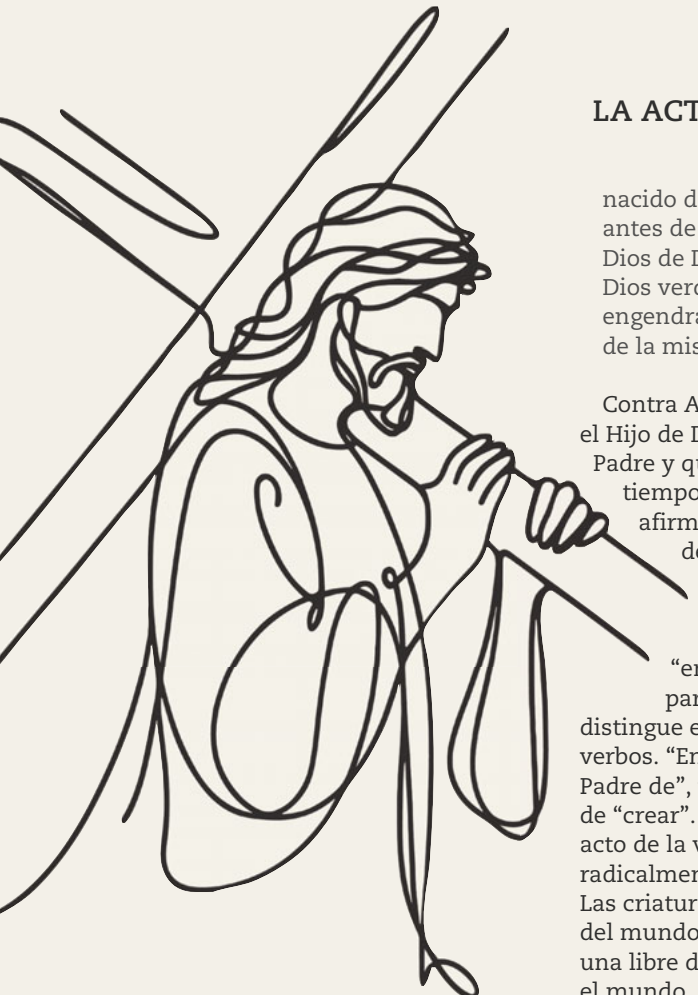
muertos. ¿Qué hay de malo en esta propuesta? Que Dios se queda al margen. Según esta visión, el Padre, el único Dios, subcontrató la ardua tarea de redimirnos a una criatura. Quien sufrió en la cruz realizó un servicio encomendado por Dios (¡morir en la cruz!), pero no era Dios. Si el Hijo de Dios es una criatura –semidivina, semihumana– que cumplió heroicamente con su misión, lo que creamos acerca de él no altera la imagen que tengamos de Dios; más bien, lo retrata como ese ser en lo alto, impasible e invulnerable, que no se implicó realmente en la salvación de los humanos. Si Arrio tiene razón, Dios no es como Jesús.

LA RESPUESTA DE NICEA

Después del Edicto de Milán, el emperador Constantino se convirtió en el mayor patrocinador de la Iglesia, pues buscaba su apoyo para resolver lo que había sido el mayor problema del Imperio durante el siglo anterior. Continuas guerras civiles habían desestabilizado el Imperio romano durante el siglo III. El propio Constantino había luchado y vencido la última de ellas. Una división en la Iglesia amenazaba con convertir esta religión, que Constantino esperaba fuese parte de la solución, en un nuevo problema para la unidad del Imperio. Por eso, ante la amenaza que suponía Arrio para la unidad de la Iglesia, decidió intervenir y convocó una reunión.

Ecumene quiere decir en griego “[tierra] habitada”. Constantino invitó a todos los obispos de la tierra habitada, es decir, del mundo entero, unos 1.500 en total, al primer concilio »

LA ACTUALIDAD DEL CONCILIO DE NICEA



nacido del Padre
antes de todos los siglos:
Dios de Dios, Luz de Luz,
Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado,
de la misma naturaleza del Padre

Contra Arrio, que defendía que el Hijo de Dios fue creado por el Padre y que, por lo tanto, hubo un tiempo en que no existió, Nicea afirma que el Hijo ha “nacido del Padre antes de todos los siglos” y que fue “engendrado, no creado”.

Arrio defendía que “engendrar” era un caso particular de “crear”. Nicea distingue el significado de ambos verbos. “Engendrar” significa “ser Padre de”, y es algo muy distinto de “crear”. La creación parte de un acto de la voluntad y lo creado es radicalmente distinto del creador.

Las criaturas que formamos parte del mundo somos consecuencia de una libre decisión de Dios. Dios creó el mundo, pero pudo no crearlo. Por lo tanto, nuestra existencia no es necesaria, depende enteramente de la buena voluntad de Dios. Dios, por el contrario, existe desde siempre y no puede no existir. Para la Biblia, hay una línea fundamental que separa a Dios de las criaturas. Tanto judíos como cristianos creían en la existencia de ángeles, demonios y otros seres sobrenaturales, pero estos no eran considerados dioses, sino seres creados por Dios que compartían el mismo estatus en cuanto a criaturas que nosotros, los humanos. Según Arrio, el Hijo se sitúa en el lado de las criaturas. Nicea respondió que está en el lado de Dios.

Que el Hijo es “engendrado” quiere decir que ha recibido su ser del Padre. El Hijo no puede existir sin el Padre, pero tampoco el Padre puede ser padre sin el Hijo. Padre e Hijo son igualmente eternos, ambos existen desde siempre y siempre han existido en mutua relación. La relación entre ambos no se inició en el tiempo por un acto de la voluntad, como sucede con la Creación, sino que forma parte de lo que son desde toda la eternidad. (Dejamos por ahora fuera al Espíritu, que también está en eterna relación con el Padre y el Hijo. De él se ocupará el Concilio de Constantinopla, medio siglo más tarde).

Si el Hijo recibe su ser del Padre, ¿no quiere decir esto que es inferior al Padre? Nicea, basándose en la Escritura y en la Tradición, afirma la igualdad en gloria y dignidad del Padre y el Hijo. Ahora bien, si sostenemos simultáneamente que “el Hijo lo ha recibido todo del Padre” y “es igual al Padre”, se deduce que *el que recibe no es menos que el que da*.

Entre los humanos entendemos que el que da es superior al que recibe, y es así porque, entre nosotros, el dar nunca es un acto totalmente gratuito. Aunque sea tácitamente, sobreentendemos que el que recibe queda en deuda. Por eso, muchos somos reticentes a recibir ayuda, porque sospechamos que eso pueda colocarnos en una posición de inferioridad. En la Trinidad, por el contrario, el dar no genera superioridad, ni el recibir inferioridad, porque se trata de un dar y recibir totalmente gratuitos, sin contraprestaciones explícitas o implícitas. El Padre da y el Hijo recibe, pero el Padre no es más Dios por el hecho de dar, ni el Hijo lo es menos por recibir.

La glosa nicena afirma a continuación que Cristo es “Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero”. Comenta el teólogo chileno **Samuel Fernández**:

“El Hijo no es Dios simplemente, sino que es Dios que proviene de Dios Padre; no es un Dios autónomo, sino que es Dios de Dios; el Hijo es Dios porque, eternamente y de manera substancial, recibe la única divinidad que es la de Dios Padre. Asimismo, llamar al Hijo ‘Dios verdadero de Dios verdadero’ implicaba, por una parte, declarar la divinidad del Hijo y, por otra, asegurar el monoteísmo, porque la divinidad del Hijo no es otra, sino la divinidad del Padre” (*El descubrimiento de Jesús*, Ediciones Sígueme, 2022, pág. 135).

Y llegamos a la expresión más original, pero también la más controvertida: el Hijo es “de la misma naturaleza del Padre”. En griego: *homoousios tou patrou*. El prefijo *homo-*denota igualdad. *Ousía* significa “esencia” o “naturaleza”, es decir, lo que hace que un ser sea lo que es. *Homoousios* aplicado a Cristo quiere decir que su esencia es la misma que

» ecuménico de la Iglesia en su palacio de Nicea (hoy Iznik, Turquía), una ciudad a un centenar de kilómetros de la nueva capital imperial, Constantinopla (hoy Estambul, Turquía). Participaron entre 250 y 300 obispos, casi todos de Oriente. El Papa no acudió, aunque mandó legados y aprobó a posteriori las decisiones del Concilio. La asamblea fue coordinada por el obispo de Córdoba, **Osio**, que ejercía de asesor del emperador en asuntos eclesíasticos.

Aunque no fue el único punto que se trató, la cuestión clave que había reunido a los obispos era la crisis provocada por las ideas de Arrio. Las conclusiones a las que llegaron se consideran tan fundamentales que las proclamamos cada domingo en las celebraciones de la eucaristía. Tras la lectura del evangelio y su comentario homilético, la asamblea cristiana en pie recita el Credo en su versión más breve –conocido como Credo apostólico–, o más larga, el Credo niceno-constantinopolitano. Este último contiene glosas que añadió el Concilio de Nicea y amplió más tarde el Concilio de Constantinopla. Después de confesar “Creo en Jesucristo, su único Hijo”, Nicea apostilló:

la del Padre. La palabra *homoousios* resultaba controvertida, porque no aparece en la Sagrada Escritura. Es un término filosófico inventado para la ocasión. ¿Tenían los padres reunidos en Nicea autoridad para introducir un concepto, de claro sabor griego, en una fórmula que debía expresar la fe bíblica? Entendieron que sí, porque creyeron que era la única manera de preservar el contenido de esa fe en la cultura en la que vivían. Como afirmó el teólogo francés **Bernard Sesboüé**, la “helenización” del lenguaje de la fe era necesaria para la “dehelenización” de su contenido (*El Dios de la salvación*, pág. 197). La afirmación de la divinidad de Cristo –en el sentido bíblico, no griego– exigía este nuevo lenguaje, creado a partir de conceptos griegos.

Lo que Nicea está afirmando con esta expresión es que el Hijo de Dios es tan Dios como el Padre, Dios con su misma divinidad. No es un dios menor, una criatura enviada por un Dios que se quedó cómodamente en su cielo. Quien descendió era Dios. Quien con su Pasión nos libró de lo que nos impedía acercarnos al Padre es Dios. El Hijo, por propia voluntad y con plena libertad, aceptó la condición humana con todas sus consecuencias, incluida la muerte, para así invitarnos él mismo a participar en el Reino, suyo y de su Padre.

LA RECEPCIÓN DE NICEA

A veces, nos quejamos de la lentitud con que se está aplicando el Concilio Vaticano II en nuestras comunidades. Sesenta años después de su clausura y parece que muchas de sus intuiciones están aún por estrenar. Puede resultar un consuelo recordar que la recepción de Nicea –el concilio considerado por los historiadores no solo el primero ecuménico, sino el más crucial en la historia de la Iglesia– tuvo problemas aún mayores.

A resultados del concilio, Arrio fue exilado por el emperador, pero el arrianismo no dejó de existir. Diversas variantes de esta doctrina persistieron, e incluso ganaron el favor de algunos de los emperadores que sucedieron a Constantino. El debate desbordó los límites de la discusión entre eruditos e implicó al pueblo de Dios, que no

siempre tenía claro lo que estaba en debate. **Gregorio de Nisa** reporta:

“Toda la ciudad está llena [de disputas cristológicas], las plazas, los mercados, los cruces de caminos, las calles; cambistas de dinero, vendedores de comida: no cesan de discutir. Si le pides a alguien que te dé cambio, empieza a filosofar sobre el Engendrado y el Ingénito; si preguntas por el precio de una hogaza, te responden que el Padre es mayor y el Hijo inferior; si preguntas si está tu baño listo, el asistente te responde que el Hijo fue hecho de la nada” (*De deitate filii et spiritus oratio*, PG 46:557B).

Las ideas arrianas no se detuvieron siquiera en las fronteras del Imperio romano. Varios de los pueblos que vivían fuera de sus límites se convirtieron al cristianismo arriano. Uno de ellos fueron los visigodos, que en el siglo IV estaban asentados al norte del río Danubio. Los visigodos cruzarán la frontera y, tras deambular por varias provincias romanas, invadirán la Península ibérica en el siglo V. El Reino visigodo de España fue gobernado por reyes arrianos, hasta que, en el año 587, el rey **Recaredo** se convirtió a la fe nicena por mediación de san **Leandro**, obispo de Sevilla. ¡Había pasado más de un cuarto de milenio desde Nicea!

Pero no todo fue confusión. En la generación posconciliar, surgió un grupo de obispos, los padres capadocios, cuya aportación iba

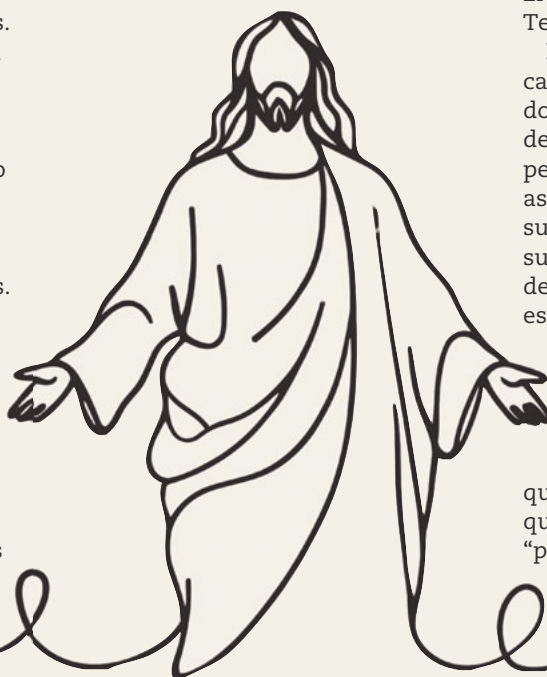
transformar para siempre la teología. **Basilio el Grande** (330-379), **Gregorio de Nisa** (335-395) y **Gregorio Nacianceno** (329-390) desarrollaron las ideas de Nicea con la ayuda de un concepto revolucionario que desde entonces ocupa un lugar central en el pensamiento cristiano: “persona”.

Prósōpon –la palabra griega que traducimos como “persona”– quiere decir en esta lengua “rostro” y, por derivación, “máscara” o “personaje”. Ser “persona” –en el sentido que dieron a este término los padres capadocios– es tener un rostro, ser alguien, un “yo” que mira cara a cara a un “tú”. Se trata de un concepto difícil de definir, pero del que todos tenemos experiencia: una relación es personal cuando los que participan en ella resultan irremplazables, por la simple razón de que son ellas. Si pierdo un teléfono, puedo reemplazarlo con otro, si pierdo un amigo, no. Ser persona es estar en una relación que me hace ser único para otra persona.

El concepto “persona” no existía en el vocabulario filosófico de la cultura grecorromana. Fue introducido por pensadores cristianos, pero no para hablar de los humanos, sino de Dios. Dios son tres personas, tres seres absolutamente originales que se relacionan entre sí. Son tan radicalmente personas que no existen más que en mutua relación, una relación que siendo libre es tan intensa que podemos decir que son un solo Dios. Llamamos “amor” a esta libre comunión entre personas. Era algo que ya sabía el Nuevo Testamento: “Dios es amor” (1 Jn 4, 9).

El concepto de persona abrió camino para la formulación de doctrinas fundamentales. La primera de ellas es que Jesús es la misma persona que el Hijo eterno, quien asumió la humanidad con todas sus consecuencias, incluido el sufrimiento y la muerte. El Concilio de Calcedonia declaró que Jesús es una persona con dos naturalezas, humana y divina, igual a nosotros en todo excepto en el pecado.

La segunda es que la Trinidad son tres personas de la misma naturaleza divina, una fórmula que repetimos rutinariamente, pero que sería imposible sin el concepto “persona”. Una tercera afirmación



» puede deducirse de las dos anteriores: los humanos, creados a imagen de Dios, somos también personas.

LA ACTUALIDAD, 17 SIGLOS DESPUÉS

El Concilio de Nicea fue el primer paso para la formulación del dogma cristológico y trinitario, que se completará en los concilios ecuménicos posteriores: Constantinopla I (381), Éfeso (431), Calcedonia (451), Constantinopla II (553), Constantinopla III (680) y Nicea II (787). Estos siete concilios de la Iglesia indivisa –anteriores al cisma entre Occidente y Oriente– constituyen la base común del diálogo ecuménico de nuestros días. La doctrina en ellos formulada sostiene a todos los cristianos en la afirmación de la plena humanidad y divinidad de Cristo, y en la confesión de Dios uno y trino.

Se atribuye a Einstein la frase de que las cosas hay que explicarlas de la manera más sencilla posible, pero no de manera más sencilla de lo posible. Cuando a los cristianos nos preguntan acerca de Dios, lo más sencillo que podemos contestar es que es Padre, Hijo y Espíritu. Decir menos sería traicionar la Tradición que hemos recibido. En este momento en el que la búsqueda de lo espiritual parece reactivarse en Occidente, especialmente entre los jóvenes (Diego S. Garrocho, “El giro católico”: *El País*, 27 de octubre de 2025), es importante que los cristianos sepamos dar testimonio del Dios en el que creemos, que es uno, pero también plural: tres personas, un solo Dios.



Si como afirma la Biblia, el ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (Gn 1, 26), entonces, su vocación será ir pareciéndose cada vez más a su Creador. El evangelio de Juan recuerda que Jesús, en la última noche de su vida, “sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levantó de la cena y se quitó el manto”. ¿Qué haces cuando Dios ha puesto todo en tus manos? Jesús se puso a lavar los pies de sus discípulos (Jn 13, 3-5). Nunca estaremos más cerca de parecernos a Dios que cuando nos agachamos para servir.

Celebramos el 17º centenario de un concilio que se atrevió a inventar un lenguaje nuevo para expresar el misterio del Hijo encarnado y el Dios trino. Lo hizo por fidelidad a la Tradición que había recibido, pero también por amor a la cultura a la que era enviada para anunciar la Buena Noticia. Hoy, 1.700 años después, escuchamos la misma llamada a encontrar nuevos lenguajes para expresar nuestra experiencia, por más que sepamos que ningún lenguaje podrá hacer justicia al Misterio. Gregorio de Nisa escribe:

“Quien escudriña cuidadosamente la hondura del misterio puede captar en su alma, de manera inefable, cierta modesta inteligencia de la doctrina relativa al conocimiento de Dios, pero sin poder esclarecer con la palabra la inexpresable profundidad de este misterio: cómo es que la misma cosa es numerable y a la vez escapa a la numeración y cómo es que se la ve separadamente y al mismo tiempo la concebimos como unidad” (*La gran catequesis*, III, 1).

De este Misterio da testimonio la Iglesia no solo con palabras, sino, sobre todo, siendo lo que está llamada a ser: propuesta concreta de una comunión en Dios hecha posible por la vida, la muerte y la resurrección de Cristo y por la inspiración constante del Espíritu. Jesús oró en su última noche: “Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 21). Somos llamados a construir una unidad que no mata, sino que promueve la pluralidad: unidos no para ser más fuertes que nadie, sino para que el mundo pueda creer en el Uno y Trino. ●

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 132 € / UE: 194,48 € / OTROS PAÍSES: 187 € / 47 NÚMEROS AL AÑO

Tel: 914 226 240 / suscripciones@ppc-editorial.com / www.vidanuevadigital.com

Nombre y Apellidos:
 Dirección: C.P.:
 Población: Provincia: País:
 CIF/NIF (DNI): E-mail: Tel:

FORMA DE PAGO

☐ Adjunto cheque bancario a nombre de PPC EDIT Y DISTRIBUIDORA, S.A.



C/ Impresores 2. Urb. Prado del Espino. 28660 Boadilla del Monte (Madrid)

PPC tratará sus datos para gestionar su suscripción siendo la base legal para ese tratamiento la ejecución del contrato. Asimismo, salvo que indique lo contrario marcando esta casilla ☐, da su consentimiento para el tratamiento por las entidades de grupo SM con la finalidad de enviarle comunicaciones de nuestros productos y servicios. Los datos, salvo obligación legal, no serán comunicados a otros terceros que no necesiten conocerlos para la gestión de la suscripción. Puede acceder, rectificar y suprimir los datos, y ejercitar otros derechos legales, dirigiéndose por escrito a nuestro Delegado de Protección de Datos. Para más información, consulte nuestra Política de Privacidad en <http://www.vidanuevadigital.com/politica-de-privacidad/>

☐ Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta)

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	DC	NÚMERO DE CUENTA

Nombre y Apellidos del titular de la cuenta:

Banco o Caja:

Fecha: Firma: